



**El Ministerio**  
**de** *Música*

Diego Jaramillo

# **El Ministerio de Música**

Diego Jaramillo, cjm



**El Ministerio**  
**de** *Música*

Octava edición

Colección Iglesia No. 153  
Corporación Centro Carismático Minuto de Dios  
Bogotá, D.C., Colombia  
2015

Con las debidas licencias

© Corporación Centro Carismático Minuto de Dios • 2015

Carrera 73 No. 80-60

PBX: (571) 7343070

Bogotá, D.C., Colombia

Correo electrónico: [info@libreriaminutodedios.com](mailto:info@libreriaminutodedios.com)

[ebooks@minutodedios.com.co](mailto:ebooks@minutodedios.com.co)

[www.libreriaminutodedios.com](http://www.libreriaminutodedios.com)

ISBN: 978-958-735-183-5

ePub por Hipertexto / [www.hipertexto.com.co](http://www.hipertexto.com.co)

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio

## PRESENTACIÓN

En 1978, como servicio a los ministerios de música y canto de la Renovación Carismática, publiqué el folleto “Cantemos al Señor”, que recogía orientaciones sobre el sentido y la importancia del canto en la oración y acerca de la animación litúrgica.

Ese folleto, reimpresso en Bogotá algunos años después con el título “Ministerio de Música”, fue publicado también, con la debida autorización, en Argentina, por el padre Alberto Ibáñez, sj; en Chile, por el padre Agustín Sánchez, sj; y en Brasil, traducido al portugués, por la Renovación Carismática de Río de Janeiro.

Con los años, a insinuación del señor arzobispo de Bucaramanga, Víctor López, retomé los temas antes tratados, que fueron apareciendo en la revista mensual FUEGO, de 2002 a 2005, y que, revisados y parcialmente ampliados, se han reunido en la presente obra.

Dedico esta edición a los ministerios de música y canto que han estado más cercanos a mi servicio sacerdotal: Nueva Alianza, Escuela de Alabanza, Carisma Verde, Elí, Música de Dios y la comunidad Pueblo de Dios, en Bogotá; y en Medellín, las comunidades Magnificat y Kerygma.



Primera parte

**El canto**  
*sagrado*



## EL CANTO EN LA BIBLIA

Los cristianos cantamos en nuestras celebraciones litúrgicas y recordamos que Jesús en su última cena también cantó. Los evangelios nos cuentan que, al concluir la comida pascual, el Maestro y sus discípulos entonaron los salmos acostumbrados por los hebreos en semejantes circunstancias y que luego salieron hacia el jardín de los Olivos (cf Mc 14, 26; Mt 26, 30).

No es esa la única ocasión en que se mencionan la música y el canto en la vida de Jesús. En una de las más bellas parábolas, que suele llamarse del hijo pródigo o, quizá mejor, del Padre misericordioso, se nos habla de la fiesta con danzas y música que se organizó en la casa paterna para celebrar el regreso al hogar del muchacho que había muerto y fue devuelto a la vida, que se había perdido y había sido encontrado (cf Luc 15, 25).

En otra ocasión, quizá recordando un juego popular de los muchachos, Jesús habla de un grupo de chiquillos que reprocha a sus amigos, diciéndoles: “Les hemos tocado la flauta y no han bailado, les hemos entonado endechas y no han llorado”. Con esas palabras aludía a sus enemigos, que tildaban de endemoniado a Juan Bautista porque ayunaba, y al Hijo del hombre lo calificaban de

glotón, borracho y amigo de pecadores, porque comía y bebía (cf Mt 11, 17; Luc 7, 23).

Por otra parte, con mucha frecuencia leemos citas de salmos, puestas en los labios del Señor. Esos himnos eran el canto normal de los hebreos en sus peregrinaciones, en sus oficios sinagogales y en sus fiestas en el templo de Jerusalén. También esos salmos debieron ser la oración y el canto frecuente de Jesús. Él cantaba porque pertenecía a un pueblo que le cantaba a Dios. Basta hojear la Biblia para leer frecuentes alusiones a la música con diversos instrumentos, a la danza y a la canción. Recordemos algunos pasajes:

Se habla del canto a Yahvé: Sal 30, 5.12-13; 33, 2-3; 40, 7; 66, 2; 81, 2-4; 92, 2-4; 95, 2; 101, 1; 104, 33; 105, 2; 137, 2-4; 149, 1-3. Se alude al canto durante la noche o en la madrugada: Sal 42, 9; 57, 8-9; 96, 1; 98, 1.4-6; 108, 2-4; 119, 54-55. Se menciona un cántico nuevo: Sal 33, 3; 47, 7; 149, 1.

Con frecuencia se mencionan instrumentos musicales, como si con ellos y con todas las criaturas se pudiese formar una orquesta para proclamar las alabanzas al Creador. Es lo que proclama el salmo 150:

*¡Aleluya!*

*Alaben a Dios en su santuario,  
alábenlo en su poderoso firmamento,  
alábenlo por sus grandes hazañas,  
alábenlo por su inmensa grandeza.  
Alábenlo con el toque de cuerno,  
alábenlo con arpa y con cítara,*



*alábenlo con tambores y danzas,  
alábenlo con cuerdas y flautas,  
alábenlo con címbalos y aclamaciones.  
Todo cuanto respira alabe a Yahvé.  
¡Aleluya!*

También en los profetas se encuentran alusiones a la música y al canto, sobre todo en Isaías: 5, 1; 12, 5; 24, 8-9; 30, 29; 42, 10; 65, 14.

Con frecuencia esas alusiones a las melodías se acompañan con los verbos alabar, bendecir, aclamar y gritar.

En el Antiguo Testamento se transcriben algunos himnos. De algunos de ellos se dice que fueron cantados. Por ejemplo: el cántico triunfal tras pasar el Mar Rojo (cf Éx 15, 1-18), el cántico de Débora y Barac (cf Jue 5, 1-31), el canto de victoria que escribe Isaías (cf Is 26, 1-21), la oración que entona Habacuc en tono de lamentaciones (cf Hab 3, 1-19), el que entonó el rey Ezequías cuando estuvo enfermo y sanó de su mal (cf Is 38, 9-20).

Al rey David se le atribuyeron muchos salmos. Él fue el suave salmista de Israel (cf 2 Sam 23, 1). Sus cualidades artísticas y espirituales se realzan en los servicios que prestó a Saúl (cf 1 Sam 16, 14-23), en la organización que dio a los cantores (cf 1 Crón 25, 1 sgs) y en el entusiasmo con que cantaba y danzaba ante el arca de Yahvé (cf 1 Crón 15, 25-29).

Esas tradiciones musicales de Israel fueron las que heredó Jesús, quien aprendería a cantar en su hogar de Nazaret, con una

incomparable maestra de alabanza: María. Él llevó a plenitud la exaltación amorosa de Dios y, en su escuela, sus discípulos siguen cantando al Creador. Los cristianos cantamos porque Jesús cantó. O, para decirlo con palabras inspiradas en san Pablo, no cantamos nosotros, sino que dejamos que Jesús cante y alabe en nosotros, como si fuésemos sus instrumentos. Nuestras voces se unen a la suya, como los arroyos que vierten sus aguas en un gran río, para llegar al mar inmenso e insondable que es el Padre.

Jesús legó en herencia su oración y alabanza a sus discípulos: escuchamos a Pablo y a Silas, que a media noche, en la cárcel, con los pies en el cepo, cantan himnos a Dios, porque la Palabra no está encadenada (cf Hech 16, 25).

Igualmente, podemos recordar los consejos de Pablo a los corintios acerca del canto en el Espíritu (cf 1 Cor 14, 15) o sus comentarios, acerca de la alabanza, en su carta a los romanos (cf Rom 5, 9-10) y, de modo especial, los consejos que aparecen en las cartas pastorales:

“La Palabra de Cristo habite en ustedes con toda su riqueza; instrúyanse y amonéstense con toda sabiduría, cantando a Dios, de corazón y agradecidos, salmos, himnos y cánticos inspirados” (Col 3, 16).

“Reciten entre ustedes salmos, himnos y cánticos inspirados; canten y salmodien en su corazón al Señor, dando gracias siempre y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef 5, 19-20).

También en la carta de Santiago encontramos una mención explícita del canto espiritual: “¿Sufre alguno entre ustedes? Que ore. ¿Está alguno alegre? Que cante salmos” (Sant 5, 13).

Nos quedan por espigar varios cánticos que aparecen en el Apocalipsis. Deben haber sido himnos difundidos en algunas comunidades cristianas del Asia Menor, en el siglo primero. Algunos de ellos se mencionan como cantados en honor de Dios o del Cordero, en el cielo; otros sólo son proclamados, pero su estructura parece indicar que también se les entonaba en las asambleas litúrgicas:

- Santo, santo, santo, Señor, Dios todopoderoso. Aquel que era, que es y que va a venir (Ap 4, 8).
- Eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque Tú has creado el universo; por tu voluntad existe y fue creado (Ap 4, 11).
- Cantan un cántico nuevo, diciendo: “Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos porque fuiste degollado y compraste para Dios, con tu sangre, hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación, y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes y reinan sobre la tierra” (Ap 5, 9-10).
- Decían con fuerte voz: “Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza” (Ap 5, 12).

- Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos. Amén (Ap 5, 13-14).
- Amén, alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén (Ap 7, 12).
- Oí un ruido que venía del cielo, como el ruido de grandes aguas o el fragor de un gran trueno; y el ruido que oía era como de citaristas que tocaban sus cítaras. Cantaban un cántico nuevo delante del trono... y nadie podía aprender el cántico, fuera de los ciento cuarenta y cuatro mil rescatados de la tierra (Ap 14, 2-3).
- (Los que habían triunfado) llevando las cítaras de Dios, cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios y el cántico del Cordero, diciendo: "Grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios todopoderoso; justos y verdaderos tus caminos, ¡oh Rey de las naciones! ¿Quién no temerá, Señor, y no glorificará tu nombre? Porque sólo Tú eres santo, y todas las naciones vendrán y se postrarán ante Ti, porque han quedado de manifiesto tus justos designios" (Ap 15, 2-4).

Con parecidos cantos se evoca la alegría de la Jerusalén celestial (cf Ap 19), mientras en la destruida Babilonia no se oirá más la música de los citaristas y cantores, de los flautistas y trompeteros (cf Ap 18, 22).

Continuadores de esa tradición musical, los cristianos de hoy le cantamos al Padre del cielo y a Jesús, con la inspiración que nos da el Espíritu Santo.



## EL CANTO ES ORACIÓN

Un antiguo proverbio, usado en la Iglesia, afirma que quien canta ora dos veces. ¿Qué puede significar esa frase? Sin duda quiere expresar que el canto no sólo compromete la mente y la garganta, sino todos los sentimientos del hombre y todo cuanto es el ser humano, pues la música y las canciones penetran hasta las más recónditas fibras del corazón y las hacen vibrar.

El canto compromete al hombre en su cuerpo y en su espíritu. En efecto, el ritmo de la canción impulsa a que se marque el compás con las manos o los pies, como si se esbozara una danza.

El canto puede expresar todos los sentimientos y las situaciones del hombre: el amor, la alegría, el entusiasmo, el triunfo, el anhelo, el esfuerzo, el mensaje, la tristeza, la decepción, el fracaso, la protesta, la búsqueda, etc. En una palabra, cuanto el hombre es, vive, piensa, ama y siente.

El canto está íntimamente unido con la oración. La música tiene una dimensión sagrada. El filósofo Platón pensaba que el canto era un don divino y que fuera del culto a las divinidades no se debería cantar, pues le parecía que eso sería un abuso y un sacrilegio<sup>[1]</sup>.

Algunos atribuían propiedades mágicas a ciertos cantos, usados para invocar a los dioses (epiclesis), para expulsar espíritus (apotropía) o para purificación de las culpas (catarsis).

El canto es la palabra humana vestida de música y, por lo tanto, puede expresar alabanza, adoración, amor, gratitud, ofrenda, petición de perdón o de favores materiales o espirituales e intercesión.

El papa Pío XII decía que “la música embellece y adorna las voces del sacerdote que ofrece o del pueblo cristiano que canta las alabanzas al Altísimo... eleva a Dios los espíritus... como por una fuerza y virtud innata... hace más fervorosas las preces litúrgicas de la comunidad cristiana”.

Lo que el papa dice de la alabanza se puede decir de todos los géneros de oración usados en la Iglesia. De todos ellos se pueden encontrar bellos ejemplos, que los lectores podrían buscar, a modo de ejercicio práctico.

Vale la pena subrayar que el canto no es un añadido a la oración, sino algo intrínseco a ella, algo que dimana de la misma plegaria. Se entona no como sobrecarga a la oración, sino como palabras que se entonan, al cantarse, y que permiten que desde lo más profundo del espíritu se ore y se clame a Dios.

## LOS CANTOS DE LOS CRISTIANOS

“Jesucristo es el Señor de los que cantan”, escribió Clemente de Alejandría en su Pedagogo. Orar es propio de los cristianos. Es lo que se lee en las Odas del Rey Salomón<sup>[2]</sup>:

*Al campesino compete empujar el arado;  
al piloto, empuñar el timón;  
y a mí, cantarle a mi Dios,  
mi arte y mi oficio son sus alabanzas.*

Uno de los testimonios paganos más antiguos que hablan de Jesús se debe a Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, quien escribe una carta al emperador Trajano, en la que pregunta qué conducta debe observar con los cristianos que, antes de salir el sol, se congregaban para cantar a Cristo como a un Dios.

Algún tiempo después, el historiador Eusebio de Cesarea pregunta: “¿Quién ignora los numerosos cantos y los himnos escritos por los hermanos fieles de los primeros tiempos, en que cantan a Cristo como Verbo de Dios y lo celebran como Dios?”.

Y san Jerónimo relata lo que sucedía en Palestina: "No se oía en Belén otro canto que el de los salmos, que rompiese el silencio; el campesino, guiando su carro de labranza, cantaba el aleluya; el segador aliviaba el peso del día con el canto de los salmos; el viñador, al podar las cepas, tenía siempre en su boca alguna frase de David".

**UN MAESTRO EXCEPCIONAL**



Dicen que cuando san Agustín era obispo, tenía dificultad para hacerse oír a causa de una afección en la voz. Pero quizá de joven le gustaría cantar, porque en sus escritos se hallan muchas alusiones al canto y porque, además, empezó a escribir una obra sobre la música, que no alcanzó a concluir.

Aurelio Agustín recuerda, en sus Confesiones, el momento de su conversión y las circunstancias que la rodearon. En esos días, entregado a la oración, se enternecía al escuchar los salmos: “¡Cuánto lloré con tus himnos y tus cánticos, fuertemente conmovido con las voces de tu Iglesia, que dulcemente cantaba! Penetraban aquellas voces mis oídos y tu verdad se derretía en mi corazón, con lo cual se encendía mi piedad y corrían mis lágrimas y me iba con ellas”<sup>[3]</sup>.

Es cierto que el santo se plantea si es conveniente el uso de la música en la oración, pues cuenta que en ocasiones la armonía domina las palabras, y se deleitaba en aquélla olvidando éstas. Pero concluye, diciendo: “Me conmuevo no con el canto, sino con las cosas que se cantan; cuando se cantan con voz clara y una modulación conveniente, reconozco la utilidad de esta costumbre”. Y dice que es “práctica útil para mover el ánimo piadoso y encender el afecto del amor divino”.

La respuesta definitiva que el santo da es el amor, pues, como enseña, cantar “es función de amor”, “es negocio de amor”, “es propio del que ama”; y añade: “La voz del cantor es el fervor del santo amor”.

El amor debe llevar a la alabanza. En uno de sus sermones, explica el santo doctor lo que es un himno, y dice que consta de tres elementos: el canto, la alabanza y que sea de Dios. Por eso define a los himnos cristianos como “la alabanza de Dios con canto”<sup>[4]</sup>.

Sin embargo, eso no basta; se requiere la vida que ratifique las palabras: “Tú dices: yo canto. Cantas, es cierto. Pero cuida que tu vida no testifique contra tu voz. Canta con la voz, canta con el corazón, canta con la boca. Canta con tu conducta santa. Canta al Señor un canto nuevo... El cantor debe ser, él mismo, la alabanza de su canto”.

En muchas ocasiones, san Agustín alude a “la jubilación” o “el júbilo”, como se denominaba el modo de cantar en que, despreocupándose de las palabras, se modulaba la melodía porque eran el amor y el sentimiento los que regían la voz del cantor o, como dice él mismo: “Es un determinado sonido que significa que el corazón trabaja para dar a luz lo que no logra decir”.

### EL CANTO EN LOS GRUPOS

En los grupos de oración se canta con frecuencia. Muchos de sus integrantes renovaron su relación con Dios por haber oído un canto sagrado.

La canción es la voz de la asamblea que glorifica a su Dios. Así lo enseña Pío XII en su encíclica *Mediator Dei*: “Suba al cielo el canto unísono y majestuoso de nuestra multitud, como el fragor del resonante mar, expresión armoniosa y vibrante de un mismo